



LA LECTURA COMO SOLAZ

Miguel Montoya Salas

Universidad de Los Andes, Venezuela

Hace más de tres décadas (en los años 70), se acostumbraba en los colegios internos leer, durante diez minutos antes del almuerzo, textos de aventuras o novelas ejemplares, escritos para la juventud (Salgari, Twain, Verne, Dickens). A veces no se iba al comedor sólo con hambre de alimentos, sino también con el deseo de saber los desenlaces de la trama del texto de turno. Así se iban ganando aquellos jóvenes para la lectura amena y se abría la fantasía en unos muchachos que no conocíamos la selva, el océano ni los barcos.

Educar para la libertad, si esa fuese la concepción primera de la educación, constituye un problema hasta filosófico. Enseñar al joven, y al hombre mismo, a descubrirse libre, en un mundo tan alejado de la persona, en una sociedad de consumo o frente a un pensamiento único, implica una reflexión más profunda acerca del rol del docente. La palabra griega para “maestro”, διδάσκαλος (didáskalos), significa “el que regala las cosas más hermosas”. Maestro, en tanto palabra, es un juego de letras (aliteración) que indica al que

es capaz de mostrar, el que muestra. Mostrar al que aprende, μαθητής (mathetés), las relaciones existentes entre libertad, verdad y belleza, teniendo como escenario sólo el mundo natural, impone como tarea enseñar a pensar con las re-presentaciones de los entes físicos, o sea con las palabras. Las palabras son los ingredientes exquisitos del pensar, pero también ellas, las palabras, nos devuelven el mundo en cuanto que son representaciones del mismo. La lectura es la fantasía del intelecto. Es su alimento fundamental.

Pero existe tanta diversidad de lecturas, textos de textos. ¿Cómo orientar para una lectura saludable, amena, divertida y capaz de realizar al educando como ser humano, formado para la libertad y la verdad?

La educación sistemática, por lo general, aleja al individuo de sí mismo, lo vuelve ajeno a su ser fáctico: alienado, sacado de sí e introducido en una maraña de saberes extraños para él. Imaginen o piensen en un niño del páramo al cual le obligan a aprender ecuaciones, axiomas, proverbios, el Imperio romano, los galos, los chinos, Europa. La educación y sus lecturas deberían empezar por el conocimiento de su lengua, sus mitos, sus cuentos, su entorno, sus lunas, sus soles, sus animales y plantas, su neblina, sus cielos y sus ríos.

Quiero decir que el sistema educativo nos obliga a realizar lecturas que no son de nuestro agrado... y, así, durante más de quince años. De igual manera, los adultos que nos hemos formado en estos subsistemas de sumisión (postgrados y doctorados) siempre estamos dejando aparte aquellos textos que verdaderamente nos interesan y atraen, ya que la educación “formal” nos exige el estudio, no la lectura, de textos para los diversos trámites evaluativos de tales programas. Así, la lectura libre es expatriada de nuestra vida cotidiana.

Es común en los estudiantes, e incluso en profesores en período de formación, guardar recortes de prensa, artículos de revistas y apartar libros para cuando hayamos cumplido las labores del semestre respectivo. Estas alacenas de lecturas van engrosando con el paso del tiempo, pues siempre hay otros semestres y otras actividades académicas que cumplir. Y así nos

vamos convirtiendo en lectores del sistema, citantes de libros con sus datos editoriales, pero escasos conocedores de aquellos libros que nos miran desde el rincón de su abandono y de la espera, y que nos ofrecen mayor placer para la vida y, además, nos dejan extenuados de libertad y de ansiados saberes.

Y cuando nos graduamos, nos decimos o nos dijimos: “¡Ahora sí, a leer lo prometido!”. En busca del tiempo perdido, diría Proust. Pero mentira. Empezamos a trabajar o hacemos un postgrado o un doctorado. Y, otra vez, lecturas obligadas y alienadas. Saberes regionales y efímeros que buscan charreteras y aumentos monetarios o ascensos académicos. Luego, se nos ocurre que podemos escribir libros, dictar conferencias y artículos para revistas indexadas: refritos, citas de citas, taller de corte y costura de citas de otros libros, laboratorios para pegar textos. Nos aprendemos la mayor cantidad de conectores y procedemos a copiar: por lo tanto, se desprende que, así pues, ergo, se deduce, se colige, concluimos con X, afirmamos junto a X cuando dice... Y nosotros nunca decimos nada propio. Hacemos realidad aquella conseja que transita por Internet: “copiamos de un autor y es plagio; copiamos de muchos autores y le llaman investigación”. Y así la educación sistemática y formal se convierte en in-formación, lo cual es lo contrario de formación.

Sin embargo, es necesario decirlo, la elección de una profesión u oficio abraza una decisión que el individuo debe tomar con todas sus implicacio-

nes; a sabiendas de que existirán nuevos saberes que requieren esfuerzo para su aprendizaje y que ameritan estudio y lecturas no del todo agradables, en cuanto que tales saberes especializados no existen escritos como libros de amena y exquisita lectura. En efecto, muy pocos textos in-formativos poseen un estilo agradable y, por lo general, están repletos de términos técnicos del oficio en cuestión. Tal estado de cosas no impide que se le dote al estudiante de algunas materias “optativas”, al final de la carrera, que le haga más personalizada, cónsona y más familiar la profesión escogida.

Formar para la lectura es formar para la libertad. “El hombre que ama su profesión imagina y encuentra recursos donde los perezosos y los incapaces se dan por vencidos”, afirmaba Alberto Magno. La imaginación y los recursos los hemos aprehendido y encontrado en nuestras lecturas propias, pero se hace necesario formar lectores y discriminar lecturas. En nuestro oficio de humanistas se hace más tangible lo inmenso del arte y la cortedad de la vida (nuestra versión libre de un célebre aforismo hipocrático). *Legenda* significa “las cosas que hay que leer”, y así se denomina la revista del Postgrado de Lectura. ¿Cómo enseñar cuáles son esas lecturas?

En primer lugar, lo escrito sobre el modo de ser del hombre, nuestra humanidad, el humus-polvo que somos. Aparecen frente a ese cúmulo de opiniones los clásicos. *Nihil novum sub solem*. En segundo lugar, nuestras historias particulares, las preguntas que realmente nos angustian o entre-

tienen en nuestros entornos. A veces pensamos que sabemos tanto, pero ni siquiera se nos ocurre pensar qué estrellas alumbran nuestro cielo inmediato ni qué pueblo habita bajo nuestros pies, dada la redondez de nuestra casa-Tierra. Por lo general, los profesores respondemos a preguntas que los alumnos no hacen. ¿Quién confecciona nuestros libros de estudios? Y no postulamos ni una asignatura de Lectura Libre y Comentada. Todos son saberes para ser preguntados en exámenes, trabajos o pruebas, nunca saberes para ser aprehendidos e internalizados. La efimeridad de los semestres es culpable de aprendizajes volátiles e inútiles. Saberes sin raigambre.

El solaz como lectura

La lectura escogida en libertad tiene sus tiempos, no hay que devolverla convertida en respuestas. A veces no se apura, sino que más bien se hace lenta para poder degustarla mejor. En otras oportunidades nos apremia. Nos devoramos libros por la urgencia de la trama o el desenlace no des-embosado. Leemos en terminales, bancos, aeropuertos, hoteles y playas, en horas de clases. Sobreponemos nuestros libros de lectura a los libros de aula. Ya es un fenómeno común encontrar vendedores de *best-sellers* en las bombas y restaurantes en temporada de vacaciones. Las “colas” (filas) de toda estirpe que ahora son comunes en nuestra cotidianidad también son ocasión de leer. Un exquisito texto se nos anida en el intelecto y somos capaces de volver a él una y otra vez. La lectura acepta música de fondo cuando ella misma no lo es. Se puede realizar en múltiples espacios, mejor aún si se hace cabe la naturaleza. Resuelve problemas que nos han perseguido durante un tiempo agobiante.

Como hemos vuelto a la luz de las velas, me he acordado de que, cuando éramos estudiantes de Bachillerato, comprábamos linternas para poder leer durante la noche algunas lecturas que nos estaban vedadas tales como *Cien años de soledad* o el *Decamerón*. Lecturas de libertad tienen como base indisoluble el conocimiento más profundo de nuestras apetencias y de nuestro modo de ser. El “conócete a ti mismo” se expresa mucho por nuestras escogencias de lectura amena. Saber qué queremos en nuestra vida orienta ineludiblemente nuestras decisiones a la hora de escoger textos. Es un círculo vicioso: nuestras lecturas definen nuestra personalidad y viceversa.

El solaz como lectura tiene también sus peligros y sus industrias. El mundo del consumo nos bombardea con *best-sellers*. Tal término no significa “los más leídos”, sino “los más vendidos”. Y entre tanta publicidad, tanto escritor, tanta fama, tenemos que saber movernos para tomar nuestras decisiones. Me pasa que siempre que veo a un determinado amigo, me pregunta: “¿Qué estás leyendo?”. Tal pregunta sobreentiende qué estoy leyendo de novedades. Por lo general, mi respuesta es: “Aún estoy leyendo libros de la Academia, no *best-sellers* ni novedades”. Por cierto, γνῶσις (gnôsis) significa en griego “deseo de novedades”. Es un modo de ser del hombre.

Ya existen en el mercado listas ineludibles de lecturas que realizar. Por supuesto, estas listas —así como las existentes sobre películas y música— casi todas poseen una mirada eurocentrista o yanqui. Se alinean con los intereses monetaristas

de las grandes editoriales, productoras de cine o discográficas. Por otra parte, existe tal cantidad de libros cuya existencia desconocemos... De lo que se trata en esta avalancha productiva es de seleccionar lecturas dejándonos llevar por nuestro modo de ser y por nuestra curiosidad. La curiosidad es parte del asombro y de la ignorancia. Reconocernos ignorantes no es nada malo, es el modo humilde del “sólo sé que no sé nada”. El individuo humano es único e irrepitible. Esta subjetividad particular es lo que enriquece el acervo del ser humano; por lo tanto, cada quien tendrá sus preferencias. Pero si no nos conocemos mal podremos saber qué queremos.

Lo dicho anteriormente no significa que el ser humano no posea solidaridades de la especie; puntos de encuentro como el amor por lo bello, el afán de conocer y el deseo de perdurar. Tales temas deberían ser también objeto de lectura, bajo cualquiera de las formas de la literatura. El hombre entra, así, en una atmósfera colectiva que le lleva a sentirse y comportarse como habitante de la única casa que poseemos y debería tomar medidas para que su propia esencia se mantenga y para que la nao que cohabita no naufrague.

Entre aquella vieja dicotomía, planteada por el capitalismo, el existencialismo y el socialismo de nuevo cuño, que exigía tomar partido por el *ser*, en contraposición al *tener*, se inserta el *saber* como actitud fundamental, pues, *conociendo*, el hombre puede tomar decisiones acerca de *cómo ser y qué tener*.